

mandar lo que os plazca, con tal que no pugne con mis preceptos: y dice á los súbditos obedeced cuanto os manden, si no es inmoral. La obediencia y el mando tienen una linde comun que es la Moral. Llegadas ambas á esta línea se detienen y respetan mutuamente: no se invaden: se tocan pero no se chocan; ni menos se rechazan. Volveremos á decirlo, el mandar lo inmoral es abuso de poder, porque no hay derecho para mandar la impiedad ni la injusticia. Obedecer lo inmoral es un vil servilismo, es una miserable ruindad de entendimiento y de corazón.

Contenidos pues los gobernantes y los gobernados en la línea divisoria que les traza la Moral, y con perfectísima caridad cristiana, gobiernos y pueblos están en armonía, unos con su amplia esfera de accion para el bien, otros con su amplia libertad social.

¿Cuál es en conclusion la suerte que tiene la libertad en la monarquía? Bien se infiere de las reflexiones precedentes. En la monarquía absoluta corre mas riesgo de menoscabarse que en la moderada: en ambas sigue la razon de la bondad del monarca y de la constitucion: esa bondad es proporcional á la conformidad de la constitucion y del príncipe con la moral verdadera, que es la moral cristiana, enseñada por Jesucristo.

## XIX.

De la libertad bajo la aristocr cia.

**R**ECORDAMOS á nuestros lectores que no defendemos con preferencia una forma de gobierno respecto de otra. Ya lo hemos dicho: Todas son buenas cuando est n adecuadas al carácter de cada nacion, y se fundan en las leyes inalterables y morales del órden social. Y cuanto vamos á decir de los riesgos que la libertad corre en la aristocr cia, es la realidad de lo que sucede y nos han enseñado la experiencia y la historia, y no una parcial apología de una forma respecto de la otra. Referimos lo que observamos, y no abogamos en especial, ni aun por lo que nuestros desencantos políticos nos han hecho adoptar.

La aristocracia, como antes vimos, y es muy sabido, es el gobierno de los próceres de un estado, es decir, de los hombres eminentes   sobresalientes de una nacion. Empero ninguno sobresale entre la multitud, sino por ser mas grande. Tres géneros de grandeza y no mas, reconoce la

filosofía en el órden social: la grandeza sensible, la grandeza intelectual, y la grandeza moral. La sensible, que afecta los sentidos, consiste en accidentes exteriores y extrínsecos, como la riqueza, la fuerza de las armas, y el poder público. Esa grandeza es tan inestable como lo es que una persona conserve su caudal, su mando militar, ó su autoridad. Los azares de la suerte y los caprichos de la guerra y de las revoluciones, quitan ó proporcionan esa grandeza movetiza. Si un sugeto no tiene prendas peculiares que lo enaltezcan, á riesgo está de ser grande ó bajo, segun las veleidades de los acontecimientos. Quien cifra su grandeza en la suma de su inventario, se equipara con una libranza, que vale mucho por su guarismo, pero poco ó nada por su ser intrínseco. Quien finca su grandeza en sus armas, vale como una máquina ó como una calamidad, por la potencia motriz ó por el pavor del pueblo. Valer solo por la autoridad, siendo indigno de tenerla, es valer por el hecho, como vale un portador de un objeto precioso, por lo que él lleva y no por lo que él es.

La grandeza intelectual, bien se percibe es la que consiste en las altas dotes del entendimiento. Un talento elevado, una erudicion amplia, una sabiduría comprobada, son cualidades tan inseparables de la persona, y tan propias de sí misma, que se identifican con ella. Ni el tiempo las envejece, ni el uso las gasta, ni los varios sucesos de la vida las deterioran. Antes bien crecen con el tiempo, se perfeccionan con el ejercicio, y en la prosperidad se depuran y acrecientan. Quien se engrandece por la sabiduría, no se envilece

en el infortunio, si bien se abrillanta en el cúlmen del poder. Por el contrario, exceptuando la opulencia cuando es efecto de la ansia de atesorar las otras grandezas, enaltecen la grandeza intelectual, haciendo mas potentes la instruccion y el talento, la sabiduria y el ingenio. Solo dos cosas degradan é infaman la nobleza del saber, el error y la inmoralidad.

Algo hablamos anteriormente de la grandeza moral que proviene de la virtud. Es ella la mas excelsa entre todas: pero la menos ostensible. Con ser la mejor, es la menos estimada. Es en su esencia superior á las otras: pero ha menester de ellas para gobernar un estado. Ella podria suplir por las otras grandezas, si faltaran. Y todas las otras juntas no suplirian á ella. Si es la mayor y aun la única, en el órden espiritual y divino, no es lo mismo en el órden humano, ni en el gobierno de las cosas temporales. Loable y salubérrimo seria, que la riqueza, la fuerza, la autoridad, el talento y la ciencia, se fundáran en la virtud para sus acciones. Mas no siendo así, no habiendo sido, y no habiendo de ser, hay que considerar como en sí son los sucesos de la vida de las naciones, y contar esas grandezas intelectuales y sensibles, como caracteres de la grandeza política, de la preeminencia social de la aristocracia.

Siendo ella el gobierno de los aristócratas, lo es de los hombres eminentes por la riqueza, por la ciencia ó por el poder. No es un escogido entre ellos quien ejerce la soberanía: es el cuerpo de ellos el que la ejerce. Gobiernan en conjunto: la honra y la deshonra, la alabanza y el

vituperio de su gobierno, no recaen en un individuo, sino en la categoría, en la corporacion.

Por algo han sido raros los gobiernos aristocráticos. La monarquía es y siempre ha sido el mas usado: despues de ella lo han sido los gobiernos populares: y el menos practicado por los estados, ha sido el aristocrático. Los pueblos tienen un buen sentido admirable, para elegir lo que les conviene. Y pues que en la varia fortuna de los estados, han alternado entre la monarquía y los sistemas populares, pensamos que la oligarquia aristocrática no les ha placido mucho, por que falta en ella la unidad del poder, la sancion de la buena ó de la mala fama, la responsabilidad personal del juicio público, y los alicientes de la gloria y de la celebridad.

Los que habitualmente viven con abundancia y en prosperidad, ordinariamente olvidan la suerte adversa de los demas. No estando aleccionados por el infortunio, difícilmente creen las miserias ajenas. Su opulencia les ensoberbece, su hábito de gozar les hace indolentes y su alejamiento de las clases inferiores, les hace impasibles por los padecimientos de ellas. Cuando el engrandecimiento tal que no tenga otro igual en el Estado, el engrandecido, aunque lo sea vitaliciamente, no rivaliza con los otros grandes; y su natural propension á sobresalir le induce al ahinco de resaltar por laudables y memorables acciones. Esto sucede en los monarcas, cuya grandeza única no tiene competidores en las naciones que gobiernan: y la emulacion suya es con sus soberanos, compitiendo á quien gobierna mejor, y á quien haga mejores obras en sus estados.

Mas las gentes aristócratas por la riqueza vitalicia y hereditaria, como era en antes la de los mayorazgos, no siendo únicos en el Estado supuesto que son en ellos los favoritos de la fortuna y del derecho político, compiten entre sí, en acrecentar la hacienda, en ostentarla mas lujosamente y en tener mas boga entre la multitud. Son raros, rarísimos, los que á pesar de las fuertes tentaciones de la prosperidad invierten los grandes productos de sus óptimos caudales en aliviar, socorrer ó impedir las miserias de los pueblos. Comunmente sucede que las gentes habituadas á la opulencia, infatuadas con su regalada situacion se dan á la holganza y los placeres, á las rivalidades en el lujo, y á las grandes pequenezes de la vida vanidosa y sensual. La soberbia, los goces y los poderios [consiguientes á tal situacion, enervan las ideas morales, debilitan el poder de la conciencia, alteran las nociones del honor, gastan los buenos sentimientos, y fácilmente disponen los ánimos para la depravacion de las costumbres. Las familias aristócratas constituidas por la ley como predestinadas á gobernar, comienzan rivalizando en las exterioridades, continúan envidiándose las cualidades conque unas entre las otras sobresalen, siguen malquistándose. y acaban á veces [por aborrecerse. Sus disensiones llegan hasta influir en los negocios públicos, en tal grado que lo resienten y padecen los pueblos.

De suerte que, cuando por la constitucion de un Estado, hay una clase escogida, unas familias engrandecidas, en quienes la riqueza es como inherente, y ellas están destinadas para ejercer

la autoridad suprema, es bien fácil que los gobernantes se desmoralicen, y conviertan la autoridad, mas bien en medio de su engrandecimiento, que en beneficio de los pueblos y de las clases no favorecidas por la constitucion política. Y habiendo tal desórden de costumbres en tales gentes, y estando fincado en ellas el derecho de gobernar, es muy peligroso, que no sea la justicia el fundamento y regla de sus leyes y de su administracion de los negocios públicos: y cuando la justicia no inspira las leyes ni las resoluciones gubernativas, como antes hemos visto, no puede haber libertad política y civil. Así es que la aristocracia, ó el gobierno de personas predestinadas por la constitucion del Estado, para vivir en la prosperidad, para no sentir las necesidades de las clases desvalidas, y para ejercer el gobierno supremo en el Estado, es un gobierno en que difícilmente se conservan incólumes la libertad civil y política de los pueblos.

## XX.

La libertad no es exclusiva de la democracia.—1ª República francesa.—La revolucion y el terror.

ES preocupacion muy extendida que la libertad es inherente á la forma democrática de los gobiernos. La filosofía, la historia, y la experiencia, nos dicen á una, que la libertad no es inherente á la forma democrática del gobierno, que la tiranía toma tambien los exteriores de la democracia, y que nunca es mas refinada, eficaz é incorregible la tiranía, que cuando se organiza en forma popular.

Las formas de gobierno jamás han mudado la naturaleza humana, ni tampoco han corregido ese desórden de propensiones que notan en el hombre, aun los contradictores de la verdad de un pecado original y heredero, del cual ella proviene. Y es obvio que si la democracia deja al hombre tal como está y como ha estado en cada siglo, con su inclinacion al mal, con su posibilidad y aun facilidad para ser injusto, el ser demócrata, ó el vivir en democracia, no le libra del riesgo